

La rutina de tus labios me cautiva de tal forma que me hace extraño no tenerlos, no gozar de ese mar de tu boca, no poder recordar sus curvas por miedo a perderme en ellos para siempre.

Me duele la boca de llamarte y que no vengas. Me duele la boca de ausencia. Y sé que no vendrás, y que si vienes seré débil como no debería, porque me quedaré de nuevo fría de ausencia, fría de ti.

Y no encontraré ni calor, ni amor, ni sexo en otros labios cóncavos por muy convexa que se antoje mi boca.

Porque tú, maldito gurú me hechizaste con tus hierbas y ritos, sabiendo que tu magia no huiría de mi ojos helados y que tu manto de amor me haría de tu carne para siempre. Por eso, algún día, por lejano que sea conseguiré odiarte como ahora no logro. Odiarte y olvidarte, maldito gurú, sobre todo olvidarte.

La Sexualidad de las Moscas

a 58°F y a 43% de humedad, es nula.

Nostalgia,
añoranza,
sentí yo
a edad temprana.
El pasado se va
con el aire dorado
de mi otoño calmado
y sosegado,
tranquilo y armónico...
Hay nubes a lo lejos,
en otro horizonte,
en otra ciudad,
en otras almas,
el pasado se va
con risa sosegada
y se acercan lluvias
de melancolía,
ahora, a mi edad,
joven todavía,
aunque ya es viejo
para mí conocido
este sentir
evoco al presente,
adiós al ayer,
bien me siento:
más, más, más...
Quiero más sentir..

aquellas mujeres. Pues hasta el momento me había conformado siempre con suposiciones. Bien podía ser que las otras dos hubieran emigrado, bien podían tener hijos en otros países. O podían estar tetrapléjicas en una cama y, así y todo, no muertas.

Me aliviaba, por otra parte, el hecho de que nadie conociera al inventor del reloj de arena, o al inventor del reloj de sombra, porque mi fracaso, así, se volvía completamente anónimo.

De todos modos, un día decidí completar la tarea. Me acercaría a mi última viejita con toda educación, preguntaría por la suerte de las otras dos, llevaría el aire de quien ama desinteresadamente al prójimo... Ese día ensayé frene al espejo mi sonrisa más angelical, intenté memorizar las sensaciones musculares que se imprimían en mi rostro para poder repetir las con fidelidad delante de la anciana.

A la mañana siguiente, apenas la divisé me detuve. Fue un grave error, fue un paso sobreactuado. Lo más natural hubiera sido dirigirme a su encuentro como había hecho todas las mañanas hábiles de los últimos dos años. Me puse nervioso. Para colmo, ella fingió no haberme visto. Y continuó acercándose y acercándose...

¿Cuál de las tantas cosas que tenía para preguntarle le preguntaría primero? Recuerdo que los rostros de las otras dos, agigantados por la nostalgia, por la evidente sensación de que la vida estaba hecha de adioses, ocuparon todos los rincones de mi mente como la luz cuando se enciende y nos ciega.

Creo que la viejita alcanzó a detenerse para escuchar lo que iba a decirle.. -¿Me podría decir la hora? -me salió, como de la boca de un estúpido. Ella continuó su viaje sin responder. Juraría que se había puesto a llorar. Al día siguiente no apareció. En la cuadra de siempre me detuve a pensar qué haría. Luego recorrí el barrio atrás de una señal. Todas las calles se me hicieron idénticas. Poco después, llegué a una casa en donde las puertas estaban abiertas de par en par. Atado a una reja, había un inmenso lazónegro con un nombre de mujer escrito en letras doradas. Al rato, vi salir un chico de unos diez años. Tenía cara de asustado. -¿Se murió tu abuelita? -le pregunté.

El asintió con la cabeza y corrió para adentro. Yo también me alejé, rápido, como quien escapa. ¿Por qué? ¿Era ésa, la mujer en letras doradas, la última de las tres viejitas? ¿Debía aceptar, sin más, que mi reloj había muerto? ¿Somos más frágiles que la arena y la sombra?

RELOJ HECHO CON TRES VIEJITAS.

Todas las mañanas, a camino de mi trabajo, me cruzaba con tres viejitas. Siempre en la misma cuadra... Minutos más o menos, siempre a la misma hora.

Y un día pensé: "Ellas son viejas, por lo tanto son metódicas. Este paseo, seguramente, es la gimnasia que todo geriatra recomienda para los problemas del corazón. En tanto las siga encontrando en la misma calle, podré estar seguro de que estoy llegando temprano a mi empleo..."

¿No era ésta una nueva forma de medir el tiempo? Muy poco exacta, claro, quizá como los relojes de arena o como la sombra que dibujan, a lo largo de un día, las cosas quietas. Pero, repito, ¿no era una forma de medir el tiempo? Ellas eran petisas, dolorosamente feas. Una, no miento, tenía un grano del tamaño de un ají en la punta de la nariz. Otra era gorda, blanda, fofa como una pequeña nube. A la tercera no puedo recordarla.

Luego de un tiempo comencé a preguntarme si debía, o no, saludarlas. Es verdad, pasamos la vida entera cruzándonos con miles de personas y no por eso andamos saludando a diestra y siniestra. Pero veamos: ante el repetirse y repetirse de este encuentro, y dada la secreta sociedad que conformé con ellas para poder construir el reloj, ¿no debía yo considerar que el destino de estas tres ancianas era menos ajeno a mí que el del resto de los desconocidos del mundo?

Un día faltó la gorda, no la vi más. Las otras dos continuaron con la misma regularidad. Al pasar, me miraban como si quisieran explicarme algo de reojo.

"La gorda murió", pensé. "Es eso lo que ellas quieren decirme".

Entonces, me di cuenta de que la tarea de medir el tiempo con sustancia humana era un despropósito... La arena, la sombra, el acero inoxidable, no mueren como sí muere la gente.

Al año desapareció la de cara de enana. La viejita cuya cara no recuerdo, sola, con orgullo de abanderada, continuó con sus ejercicios matinales de siempre.

Entendí que cualquier día de esos moriría también y que yo iba a arrepentirme por nunca haber investigado lo que había por detrás de

“Viviendo Soledades”

Estoy aquí, ante la gran sombra del mundo.

Ante la indomable selva urbana.

De cara a las inseguridades,
de frente a los miedos implacables.

Estoy aquí, tras alguna esperanza,
tras alguna ilusión,
tras una utopía,
detrás de algo real
que parece un sueño...

Y todos estamos aquí, ahuyentando soledades,
desmintiendo verdades,
afirmando mentiras,
y la humanidad se enreda
día a día...

Estamos aquí, sí,
ya lo se,

pero es una gran mentira...

¿Quién no está consumiendo vida?

Sí,
estamos.

si quieres leer...

escribe

sobre tu propio cuerpo